

ción lluviosa (1), por lo general el 14 ó el 15 del mes correspondiente, antes de que los monjes se separasen para emprender sus viajes ó excursiones. Lo principal de la fiesta consistía en la invitación que dirigía cada monje viejo ó joven á los demás de la misma comunidad que habían pasado juntos la estación de las lluvias, diciendo cada uno: «Os invito, amigos, para que digáis lo que de mí habeis visto, oído y sospechado; á que tengais misericordia de mí, señores; hablad, y tan luego como yo reconozca mi falta la enmendaré.»

Esto se repetía tres veces, y no faltaba quien refería las faltas que había observado; en caso contrario, guardaba silencio y así solía hacerse mas adelante casi siempre, porque se suponía que cada culpable había hecho su correspondiente penitencia, á tenor de la prescripción análoga á la referente al *uposata*, de que nadie que hubiese cometido una falta ó pecado celebrara la Pravarana. En esta ocasión era costumbre hacer el solemne reparto de ropas, hacer regalos á los monjes é invitarlos á banquetes; por manera que esta fiesta era además de santa, de regocijo para todos los budhistas.

Estas eran las fiestas y solemnidades principales de la comunidad budhista, prescindiendo de todas las otras que mas ó menos posteriormente se agregaron y en las cuales se fundieron el culto de la naturaleza, el de Budha y el mito brahmánico con las leyendas budhistas. Así, por ejemplo, la veneración de lugares y monumentos santos, produjo el culto de ciertos lugares y reliquias, con sus procesiones, pompa y exposiciones solemnes, es decir, un culto material budhista en lugar del antiguo y execrado culto material brahmánico. Según el espíritu del antiguo budhismo, no puede haber otra veneración ni otro culto mas que la confesión y la penitencia; no puede haber adoración, ni divinidad, ni naturaleza, ni historia en que se reconozca una dirección y un plan; porque todo esto es vano y nulo para el discípulo de Budha, que no aspira sino á su liberación y salvación. Para este fin encuentra todo lo que necesita en Budha y en su ley, que le dan todas las facilidades para alcanzarlo y le indican los obstáculos que debe evitar ó apartar. Si algo fuera de Budha, de su ley y de su comunidad existe ó puede existir que influya en la vida y en los actos del monje budhista, es únicamente la consideración que le merece la sociedad laica.

Así es que se lee frecuentemente en los preceptos, en las advertencias y en las prohibiciones: «Esto, ¡oh necios! no sirve ni para convertir á los no convertidos, ni para aumentar el número de los convertidos.» También se lee frecuentemente que al quejarse el pueblo de la conducta y de ciertos actos de monjes y monjas exclamaba: «¡Cuán apegados están estos todavía al mundo!» y la conducta de seis de estos monjes dió motivo á los preceptos que se establecieron sobre los actos de que los hermanos y hermanas de la orden se debían abstener y sobre la manera de conducirse. Aunque este ejemplo, como otros, fuesen puramente inventados para el caso por Budha ó posteriormente, siempre se observa desde el principio del budhismo, la gran consideración que Budha y sus discípulos tuvieron á la masa del pueblo; porque Budha se sirvió de la lengua vulgar y mandó á sus discípulos que le imitasen, usando cada uno el dialecto de su pueblo. También les recomendó: no hacer gala de virtudes milagrosas y sobrenaturales, á fin de no extravariar á la multitud; en lugar de hacer como las mujeres que se dan en espectáculo y ejercen sus habilidades por el vil dinero, profesar en todo la mas severa sinceridad, tanto enfrente de príncipes como delante del pueblo; evitar en su traje y aspecto exterior todo lo chocante y no imitar á los que llevaban consigo y á

(1) La estación lluviosa dura dos meses generalmente, julio y agosto. (N. del T.)

la vista de la gente algun cráneo ú otros huesos del esqueleto humano, lo cual les daba aspecto de espantados. Estas y otras cosas análogas estaban prohibidas á los discípulos de Budha, y en cambio se les permitían algunas cosas prohibidas, si el omitirlas podía herir la susceptibilidad del pueblo (2).

Se comprende tanta consideración al pueblo sabiendo que los monjes dependían de él para su subsistencia, vestuario y morada, y que con sus dádivas manifestaba y fomentaba sus sentimientos religiosos. Había de ser muy perverso enemigo de la orden aquel del cual monjes y monjas no admitieran limosnas. En tal caso, al verse casualmente delante de él, volvieran su escudilla boca abajo, como persona que estaba fuera de toda relación con la comunidad (3). Había de ser muy pobre ó huraño el que no diera nada cuando otros daban y viendo á mujeres que iban á llevar á los monjes ó monjas ropas y alimentos, y á los enfermos y ancianos remedios y confortantes.

El pueblo en general estaba penetrado del deseo de salvarse yendo á escuchar los sermones de los monjes, y buscando instrucción y consuelo en sus viviendas y jardines aunque no fuese invitado, diciéndose: «Me refugio en Budha, en su doctrina ó en su comunidad.» Los que habían declarado su fe y querían con esto ser admitidos como siervos y adeptos de Budha, en calidad de hermanos ó hermanas seglares, celebraban las fiestas de la comunidad y tomaban parte en las asambleas públicas de instrucción ó de penitencia, y los mas devotos iban á confesar sus pecados á un monje y á renovar su declaración de fe y adhesión á los votos (4).

Estas eran las relaciones de la comunidad con el pueblo laico, las cuales no obstaban para que la comunidad se mantuviese casi tan separada de la sociedad seglar como los brahmanes, si bien los monjes budhistas no tenían el orgullo de aquellos. El pueblo laico creyente sabía que también se hallaba en el camino de la salvación, porque podía en una existencia posterior ser discípulo y sucesor del Budha, lo cual le atraía cada día mas al budhismo.

## CAPITULO V

### MUERTE DE BUDHA; SUS SUCESESORES

Hemos expuesto hasta aquí, siguiendo la leyenda, la vida de Budha hasta que alcanzó la dignidad de tal y hasta la formación de la tradición sagrada, que fijó las reglas y la organización de la comunidad. En todo esto aparece el maestro vivo y activo en persona antes de su nirvana ó disolución en la nada, que según todas las fuentes budhistas, tanto las del Norte como las del Sur, viene á ser el suceso augustísimo final de sus recuerdos sagrados. Los recuerdos del tiempo posterior se refieren á la historia de la comunidad budhista, á la conservación y consolidación de sus doctrinas y reglas,

(2) Véase «Sobre la vida común de los monjes,» *Cullavagga*, V.

(3) *Cullavagga*, V, 20, 3, refiere los ocho actos que excluyen de toda relación con la comunidad. Estos actos son: 1.º Quitar á los monjes las dádivas y donaciones que han recibido. 2.º Causarles daño. 3.º Quitarles su puesto donde viven. 4.º Murmurar de ellos ó denostarles. 5.º Sembrar discordia entre ellos. 6.º, 7.º y 8.º Hablar con desprecio de Budha, de su ley y de su comunidad. El individuo que habiendo cometido estos actos reconocía su culpa, arrepintiéndose y prometiéndose enmienda, quedaba absuelto de la excomunión.

(4) El voto consistía en la observancia de los cinco mandamientos principales, variando el tercero según la situación del individuo, y como mérito especial se consideraba la observancia en los días de fiesta ó de ayuno de los tres mandamientos primeros de los que tocaba observar solo á los monjes.

la unión y unificación de los grupos y miembros separados y la historia de los padres y maestros de la religión budhista.

Antes y después del citado suceso, la verdad histórica se presenta mezclada con fábulas y leyendas milagrosas, y se citan personas y nombres propios envueltos en una atmósfera legendaria tan densa, que hay que aceptarlos tales como nos los ofrece la tradición. Solo al cabo de dos siglos y medio á contar desde la muerte de Budha, en cuyo espacio de tiempo algunos rayos de luz penetran aquella atmósfera legendaria, sin dispersar la neblina espesa que envuelve personas y cosas, construyó Asoca, rey de Maurya, los colosales monumentos abiertos en las peñas, que son los testimonios mas antiguos y mas legítimos de su época (1).

El Budha, en el sexto año de su misión sagrada, se halló junto al lecho de su moribundo padre, el rey Sudodana, el cual, reconociendo lo temporal de todo lo existente, murió libre de los lazos terrenos. A su muerte fué admitida en la orden, á sus repetidas instancias, Prayapati-Gautami. La envía de seis maestros herejes, al ver los progresos que hacia la doctrina budhista en el pueblo, les indujo á proponer al rey de los cosalajes, Prasenayit, después de haberse negado á ello el rey Bindusara de Magadha, que invitara al Budha á un certamen de virtud milagrosa. En aquel certamen los maestros herejes quedaron miserablemente vencidos, á pesar de lo cual no cesaron en sus calumnias; pero mas que todo esto afligió al Budha una discordia entre sus propios discípulos, que le indujo á retirarse á la soledad. Lo que no logró con sus reflexiones y con el ejemplo de dos antiguos reyes enemigos, que olvidaron su enemistad trocando su odio mutuo en amor, lo consiguieron personas laicas de buena voluntad que hicieron que los monjes reconocieran su culpa y se restableció la concordia entre ellos (2).

Estos y otros muchos hechos, trabajos y conversiones, refiere la tradición de los primeros veinte años de la actividad del Budha, que al cabo de este tiempo nombró á Ananda, su primo y discípulo favorito, compañero y asistente permanente suyo (3). Poco mas añaden las tradiciones del Sur respecto de los últimos años de vida del Budha, pero las del

(1) Ya hemos dicho en lo que precede y en cuanto nos ha parecido necesario, que son fuentes de esta obra las escrituras sagradas de los budhistas. En las «Lecciones académicas» de Weber sobre la literatura india, pág. 309, se encontrará una nota de estas fuentes, y en Hardey, *East. Monach*, en el Diccionario de Childers, está lo referente al Cónon del Sur. Para las leyendas relativas á la vida de Budha han servido con preferencia las fuentes del Norte, y para la ley y organización de las comunidades, los textos del Sur, que si no son mas antiguos que aquellas, son, en cambio, mas claros y mas comprensibles. Desde la *nirvana* ó muerte de Budha, ó sea desde el año 480 antes de nuestra era, hasta la mitad del reinado de Asoca, coronado en el cuarto año después de la muerte de su padre Bindusara, que reinó entre los años 291 y 263, pasaron 250 años. El padre de Bindusara fué Candragupta ó Candragutta, contemporáneo de Alejandro Magno y fundador de la dinastía de Maurya, y reinó entre los años 315 y 291. Uno de los edictos ó inscripciones en tablas del rey Asoca es el de Delhi y data del año 27 de su reinado, que duró desde 259 hasta 222.

(2) La discordia entre los monjes de Causambi sirve á la tradición para establecer reglas de conducta en casos semejantes. Aquella discordia tuvo quizá por origen, como la hostilidad de Devadata, algun suceso positivo. A un marido y su mujer, del país de Bharga, que recordaban haber estado unidos en matrimonio en otra existencia anterior, concedió Budha su deseo de vivir también en existencias posteriores siempre unidos y felices. La envidia de los maestros herejes dificultó la propaganda del Budha en el país de Causambi, donde estalló la discordia en la comunidad, si bien cesó al año siguiente.

(3) Siendo al principio invencible el deseo de Ananda de volver á ver á su desposada Janapada-Calyani, le curó el Budha prometiéndole en cambio niñas celestes mucho mas hermosas. La intercesión de Ananda á favor de Prayapati-Gautami fué causa de que las monjas budhistas le hicieran después su santo patron, y se le describe como persona joven, hermosa y amable, como sucede con otros discípulos favoritos en otras religiones.

Norte hablan todavía del fin de la oposición que le hizo Devadata, diciendo que éste se hallaba dominado por un deseo insaciable de adquirir fama y riquezas, á cuyo fin se granjeó por medios mágicos la amistad del hijo de Bindusara, que le colmó de honores y de consideraciones. Con esto nació en el ánimo de Devadata el deseo de ponerse en lugar del Budha á la cabeza de su comunidad de monjes, pero desde el mismo instante perdió su fuerza mágica. Al saberlo el Budha dijo que los necios se hacían á sí mismos justicia, tomando ocasión de este suceso para exponer á sus discípulos las diferentes clases de maestros. A muchos monjes que le refirieron los grandes honores que Devadata recibía del hijo de Bindusara, dijo: «Así como el banano y el bambú mueren al producir fruta, así arruinan á Devadata y le pierden los honores y lucros.»

Algun tiempo después, hallándose el Budha predicando su doctrina en una numerosa asamblea, en la cual estaban también presentes el rey y su séquito, levantóse Devadata y acercándose al maestro dijo: «El señor se vé cargado de años y su vida se acerca á su término; que disfrute, pues, de su dicha en tranquilidad y que me ceda la dirección de su comunidad.» A esto contestó el Budha: «No digas mas, Devadata; ni á Sariputra ni Maudgalyayana entregaré yo la dirección de la comunidad, ni mucho menos á tí, hombre tan perverso y vanidoso.» Al oír esta contestación, dada en presencia del rey y de su séquito, se retiró despechado Devadata y desde entonces concibió la idea de perder al maestro. Este, por su parte, dió á sus discípulos en Radyagriha la orden de hacer saber públicamente que Devadata había cambiado y que sus discursos y actos no estaban ya de acuerdo ni con el Budha ni con la ley, ni con la comunidad; noticia que fué recibida del público de diferente manera, según la opinión de cada cual.

Devadata indujo al príncipe, su protector, á matar á su padre y ponerse en el trono, prometiendo que él por su parte mataría al Budha y se pondría también en su lugar. El príncipe fué preso al penetrar con la espada ceñida en la estancia de su padre y confesó su objeto y que había sido incitado por Devadata, á lo cual contestó el rey: «Ya puedes sentarte en el trono en seguida,» é hizo coronar á su hijo. El primer acto del nuevo monarca fué apostar á un arquero para que matase al Budha, y á otros arqueros para apoderarse del asesino á fin de hacerle ajusticiar con otros mas; pero estos, lo mismo que el primero, depusieron sus armas mortíferas y confesaron arrepentidos su culpa. Entonces el mismo Devadata emprendió lo que no habían hecho los arqueros. Pasándose cierto día el Budha por la meseta del monte Buitre, subió Devadata á un pico mas elevado, desde el cual arrojó un peñasco al maestro; mas el peñasco al atravesar el aire se hizo pedazos, uno de los cuales hirió un pié de Budha, haciéndole sangre. El maestro gritó entonces á Devadata: «Necio, te haces daño á tí mismo, porque verter la sangre de un tatagata (maestro) resulta fatal.» Los discípulos de Budha recibieron á su maestro en el convento con grandes muestras de dolor y le rodearon para protegerle de cualquier nuevo ataque, pero él los hizo apartar diciéndoles: «Un tatagata no muere de muerte violenta, sino de muerte natural.»

Entonces probó Devadata otro medio. Indujo con grandes promesas al guarda de un elefante feroz, llamado Nalagiri, á que soltara el animal contra el Budha cuando éste pasase por la calle. En efecto, el animal se abalanzó con la trompa, las orejas y la cola levantadas contra el maestro, al cual sus discípulos instaron espantados para que se retirase á todo correr; pero el Budha les mandó continuar tranquilamente su camino, mientras los habitantes de la ciudad al ver lo que pasaba subieron corriendo á las azoteas y miradores,

unos dominados por el temor y otros llenos de fe en el poder del varón santo. Este al llegar cerca del elefante tocó con su mano derecha la frente del animal, el cual al momento quitó con su trompa el polvo de los pies del santo y se retiró humilde, retrocediendo, sin apartar la vista del Budha y arrojando tras sí el polvo que había quitado de los pies del santo, hasta volver a su establo y ocupar allí muy manso su puesto. Esto aumentó en el pueblo la fama del Budha y la veneración en que se le tenía, mientras disminuyó el prestigio de Devadata.

Entonces convino Devadata con sus partidarios en suscitar la discordia en la comunidad y a este efecto se dirigió al Budha pidiéndole cinco cosas que sabía no le había de con-



Columna de Ayatasutra, en Bharhut.

ceder. El Budha, después de haberle oído y de saber que había en el público diversas opiniones respecto de los cinco puntos, preguntó a Devadata si quería provocar un cisma entre sus adeptos, y habiendo sido contestado afirmativamente, añadió: «Mira, Devadata, ya has ido demasiado lejos; abandona tus propósitos, son funestos estos cismas (1).»

Al siguiente día de fiesta, Ananda, al recoger sus limosnas, encontró a Devadata, que le participó que desde aquel día estaba decidido a celebrar las fiestas sin el concurso del Budha y de su comunidad, lo cual el fiel discípulo comunicó a su maestro. En efecto, aquel mismo día subió Devadata a la cumbre del monte Buitre con quinientos discípulos de Vaisali, todos novicios en la ley, y a quienes se había atraído recomendándoles la observancia de los cinco puntos litigiosos y diciéndoles que, a pesar de esto, había quedado en buena inteligencia con el maestro. Sabido esto por Budha,

(1) Los cinco puntos pedidos por Devadata eran: 1.º la obligación de vivir solo en el bosque; 2.º alimentarse solo de lo que se recogía mendigando (no admitir invitaciones a comer); 3.º vestirse solo de trapos recogidos; 4.º dormir al aire libre; 5.º abstinencia de pescado (y de consiguiente de carne). Estas pretensiones de una vida más severa de los monjes no podían menos de encontrar partidarios en el pueblo, pero eran contrarias al espíritu de la doctrina budhista, que huye de todos los extremos y exageraciones.

envió al monte a Sariputra y a Maudgalyayana, diciéndoles: «Id, ya que teneis compasión de aquellos discípulos, antes que se pierdan del todo.» Al ver Devadata desde lejos aquellos dos, se llenó de alegría y orgullo y los recibió con gran veneración y respeto, a pesar de las advertencias de su amigo Kocalika, que le dijo que no debía fiarse de ellos.

A la entrada de la noche, Devadata, rendido de fatiga de tanto predicar e instruir, suplicó a Sariputra que ocupase su lugar, ya que la reunión estaba en disposición de escucharle, mientras él se tendía a descansar. Sariputra accedió gustoso, y cuando Devadata se echó envuelto en su manta y se durmió, hizo con su amigo Maudgalyayana prodigios de elocuencia y de energía maravillosa, tanto que la reunión abrió los ojos y comprendió la verdad del nacer y perecer. Entonces dijo Sariputra: «Pues bien, vamos ahora en busca del maestro; el que ame a su ley, que me siga,» y así él y su compañero se llevaron al bosque de bambúes a los quinientos discípulos extraviados por Devadata. Entonces despertó Kocalika a Devadata diciéndole: «¿No te había dicho yo que no te fiasas de aquellos dos, y que ellos nada bueno llevaban en la mente?» Devadata, al saber lo que acababa de pasar, experimentó tal disgusto, que arrojó sangre por la boca.

Entretanto el Budha instruyó a los recién llegados al bosque de bambúes, contándoles la fábula de los elefantes viejos y jóvenes, diciendo que los jóvenes se comieron los tallos de loto del charco sin lavarlos, por lo cual enfermaron y murieron, como sucede a los jóvenes inexpertos que quieren hacer lo que los viejos. Después les contó las cualidades de los mensajeros buenos, tales como Sariputra, y finalmente les demostró que Devadata estaba condenado sin remedio a expiar durante una era del Universo, en miserias y tormentos del infierno, el haberse dejado dominar por la codicia del dinero, de la fama y de las consideraciones, de malos deseos y malos amigos que le habían resultado funestos, desviándole del camino de la salvación, en el cual estaba ya tan adelantado (2).

A aquella sazón reinaba en Magadha Ayatasutra, que tuvo preso a su padre y le quiso hacer morir de hambre; y sabiendo que la reina Vaidehi, su madre, proveía ocultamente a su esposo de alimentos, le prohibió el acceso al rey. A pesar de esto el rey continuó viviendo por un milagro y paseando por su celda como antes; pero el hijo, degenerado y seducido por Devadata, le hizo cortar los pies.

(2) *Cullavagga*, VII, 2-4. Hasta aquí la historia de Devadata como se lee en los textos Vinayas, en los cuales sirve para dar reglas en casos de cismas en la comunidad. Con ella concuerda la tradición del Norte, si bien dice con mayor verosimilitud que Devadata, después de haberse visto rechazado al pretender el gobierno de la comunidad, se marchó con los quinientos discípulos. Hay entre una y otra tradición otras discrepancias que podemos omitir.

Según la tradición posterior del Sur, Devadata se hizo llevar en una litera a presencia del Budha para pedirle perdón, después de una enfermedad de nueve meses; y según otra tradición, el objeto de su viaje era vengarse, pero antes de ver al maestro le abrasaron llamas y en medio de ellas bajó al infierno. Según la tradición del Norte, salió en persecución de los quinientos discípulos a quienes había extraviado, pero se lo impidió un barranco que se abrió súbitamente delante de él en su camino. No siendo tampoco recibido ni por el hijo arrepentido y convertido de Bimbisara, ni por el rey Prasenayit, se volvió al reino de Capila, donde se presentó a Yasodhara, que de un puntapié le hizo caer del terrado. Enviado por los sakias al Budha para solicitar su perdón, trató de introducir veneno en los pies del maestro, levantando el polvo con los suyos; pero al instante los pies del Budha se volvieron duros como el diamante. Entonces fingió solicitar el amparo del Budha, pero las llamas del infierno salieron de la tierra, le abrasaron y se le llevaron al abismo.

Hemos referido la historia de Devadata tan minuciosamente, no por el hecho histórico en el cual probablemente descansa, sino porque prueba que Budha tuvo contrarios y necesitó luchar contra cismáticos, los cuales existían tanto entre los príncipes como entre el pueblo.

Por entonces tuvo Ayatasutra un hijo, y habiendo salido al niño un humor maligno en los dedos, su padre le chupó el mal y calmó sus dolores, lo cual dió ocasión a su abuela para decir a Ayatasutra que lo mismo había hecho su padre con él cuando era niño. Esto ablandó el corazón del rey, el cual mandó poner a su padre en libertad, y el anciano Bimbisara pudo oír todavía la algarazca del pueblo que acudió para felicitarle. Esta alegría espantó tanto al anciano que, temiendo nuevos tormentos, expiró. El hijo, arrepentido de sus maldades, fué en busca de los maestros más afeados para que le consolaran y le devolvieran su perdida tranquilidad. Visitó uno tras otro a seis maestros sin encontrar lo que buscaba, hasta que finalmente buscó refugio al lado del Budha, que se hallaba entonces en su bosque de bambúes cerca de Radyagriha. Desde entonces fué Ayatasutra adepto tan fiel de Budha como lo había sido su padre (1).

El sucesor de Prasenayit marchó con gran ejército contra los sakias. Estos le rechazaron con valor dos veces, pero después se dejaron engañar por un convenio y abrieron la ciudad a su traidor enemigo, el cual la destruyó completamente, dió ignominiosa muerte a su rey Mahanaman e hizo una matanza horrorosa entre los habitantes. Entre otras crueldades que cometió, hizo aplastar a quinientos jóvenes nobles bajo los pies de los elefantes, según una versión, y según otra mandó precipitarlos en una laguna disimulada con ramas verdes. Se llevó cautivas mil mujeres jóvenes y doncellas, y no habiendo querido someterse a sus brutalidades, les mandó cortar los brazos y piernas. Satisfecha su venganza, se retiró, notificando al Budha lo que había hecho. Este último acudió al sitio de la desgracia y consoló a los moribundos que encontró, prome-

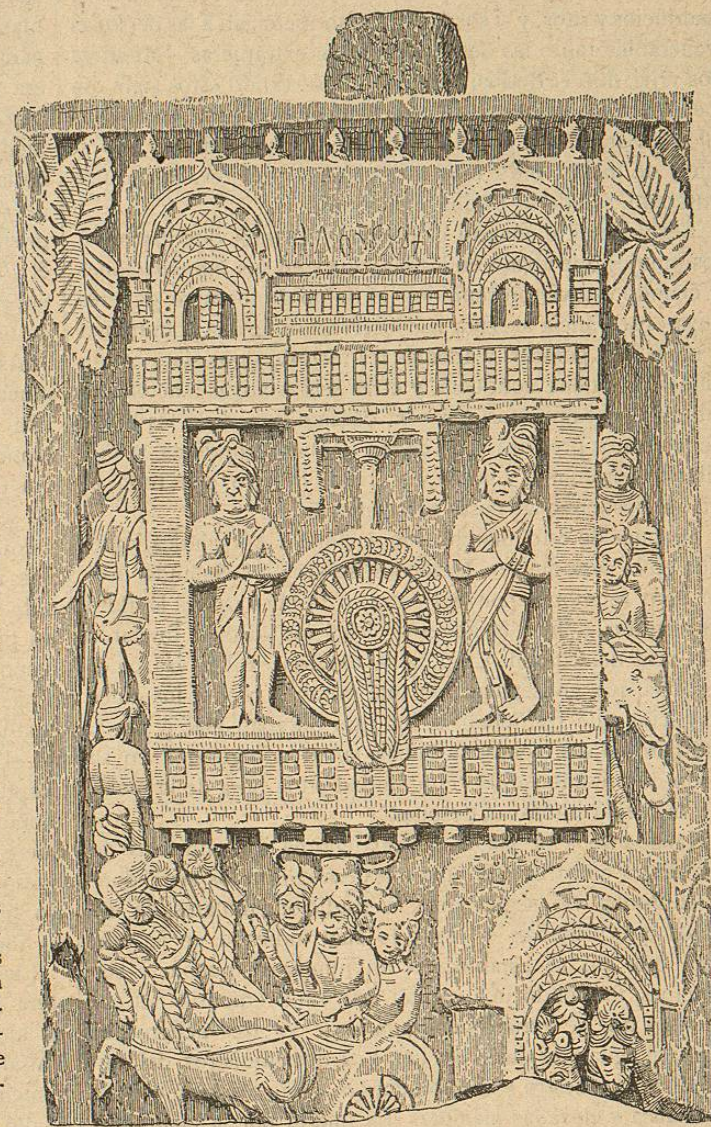
(1) Según la tradición del Norte, Ayatasutra fué a buscar su perdido reposo en las doctrinas de Budha a los treinta y seis años de la propaganda docente de este maestro. En la *Samañña Phala Sutta* (Burnouf: *Lot.*, 449 hasta 82; Grimblot: *Sept Suttas Palies*) se encuentran las contestaciones de los seis maestros que buscó Ayatasutra antes de acudir al Budha. Este Ayatasutra parece idéntico a otro rey del mismo nombre que se cita en las Brahmanas y que fué contemporáneo y rival de Janaka. El Ayatasutra belicoso hizo la guerra a su tío Prasenayit, rey de los kasis, con motivo de algunos dominios de éste, pero quedaron reconciliados, dando este último su hija por esposa a su contrario. A la muerte de Prasenayit, su sobrino y yerno usurpó el trono al sucesor. Si los dos Ayatasutra resultasen efectivamente una misma persona, serían también Janaka y Yaynavalkia contemporáneos de Budha.

El hecho que siempre hemos notado es que la doctrina budhista fué un retoño del tronco brahmánico, y solo se separa de éste en que se comunicó a la masa del pueblo, a lo cual el budhismo debió su poder y rápida propagación.

Hacia el fin de la vida del Budha fué destruida la ciudad de Capila, su patria, según las tradiciones del Sur por Ayatasutra, y según la tradición del Norte, con más razón y fundamento, por el hijo y sucesor de Prasenayit, para vengarse de los sakias, a los cuales había jurado odio por el hecho siguiente:

Era hijo de una esclava o hijo natural del rey sakia Mahanaman, y cuando hubo llegado a la edad adulta hizo lo que su padre había hecho en otro tiempo cuando se apoderó de aquella joven, es decir, invadió los territorios de los sakias. Estos le rechazaron con las armas, y el invasor escapó a duras penas con vida, y aguardó desde entonces su subida al trono para vengarse de la ignominia de su derrota. Para reinar más pronto apoderóse del gobierno en ausencia de su padre cuando éste había ido a visitar al Budha. Enterado el padre de la rebelión de su hijo, se encaminó en busca de asilo a la corte de su sobrino y yerno, el rey de Magadha, pero murió antes de llegar. Un servidor de este rey encontró el cadáver desfigurado de su tío en el jardín, y se dijo después que el difunto había arrancado nabos en el campo, se los había comido y le habían hecho daño, siendo el resultado que cayera al suelo y que le ahogara el polvo del camino. El difunto al morir tenía setenta y siete años, la misma edad que el Budha.

tiéndoles su salvación eterna. En su opinión, este suceso había sido inevitable, como dispuesto por el destino, pero el malvado que había cumplido el decreto del destino tendría el castigo dentro del plazo de siete días: encontraría la muerte en el fuego y caería en los abismos del infierno. Cumplióse esta profecía, porque la fiera, después de haber muerto a su hermano Jeta, se retiró con su amigo y consejero Ambarisha y con las mujeres de ambos a un castillo situado en medio del agua, que fué incendiado por medio de



Columna de Prasenayit, en Bharhut.

un cristal que concentró los rayos del sol sobre él. Las mujeres se escaparon, pero los dos malvados murieron miserablemente entre las llamas y desaparecieron en las profundidades del infierno.

Destruídas la ciudad de los sakias y esta ilustre familia, solo pudo salvarse un individuo de ella llamado Campaca, que huyó al Norte, donde fundó un reino en Udyana, en el cual introdujo el budhismo. Hoy todavía se enseñan al viajero el sitio donde estuvo la ciudad de Capila y el solar del palacio en que el Budha pasó su infancia y adolescencia, y en que el feroz rey Virudhaca cometió sus crueldades. Cerca de Sravasti se enseña también el sitio donde le alcanzó su fatal destino.

Hallándose el Budha en el postrer año de su vida, en el monte Buitre, cerca de Radyagriha, el sacerdote doméstico de Ayatasutra le llevó aviso de que su amo el rey se proponía